

Con el Héroe Prestes encarcelado, no hay dignidad en América!..

MULTITUD

VISITACION
IMPRONTAS Y BIBLIOTECAS
SET 25 1943
DEPOSITO LEGAL

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Solitario y decidido, comprendo perfectamente que los fariseos literarios van a arrojar ceniza sobre sus cabellos —de conejos—, y, rasgando sus camisetas, van a exclamar: "vade retro, Demonio tiene", huyendo hacia el gran Sanhedrin, como gallinazos acosados, y, en cóncavo secreto, presididos por el Sumo Sacerdote Mago, asistido de sus corifantes, azafatas, alcahuetes, camarlangos y espías, acordarán que yo "candideateo".

Desgraciadamente, para tales sombras de hombres, para tales mureciélagos de sotana manchada y cortapluma en el crepúsculo, para tales sabandijas literarias, el escritor que esto escribe no le teme a nadie, ni a nada, jamás nunca.

Por eso, planteo las cosas en la plaza pública, rememorando la cátedra trágica de Sócrates y me abanico con los compadritos y las intrigas de los compadritos, frente a las amplias masas sociales de Chile, ante las cuales escribo y a cuyo tribunal insospechable convoco a los escritores honrados de mi patria.

Sé que me escucha el pueblo y que reflejan mis palabras su dolor sacrosanto, su pasión y su dignidad, y en él me apoyo!

Porque, es menester ya, discutir y plantear en la calle, los grandes problemas, relacionados con la necesidad de estructurar una gran cultura en la República, defendiendo los derechos de sus creadores, y aplastando a los paniaguados, a los usufructuarios, a los emboscados, y al simulador oportunista, que infecta la atmósfera con sus contagios.

"El premio nacional de literatura" se instituyó para engendrar la posibilidad de que el escritor viviese y crease, como escritor, en virtud de que el Estado le reconocía su rol de escritor, como una de las faenas y las tareas que la colectividad auspicia.

De su condición entrañable se desprende que el galardón económico, (por aquello mismo de ser económico y no lírico y simbólico - retórico, como la hojita de laurel de hojalata), fué creado para los militantes y no para los desertores, es decir, únicamente, para aquellos que, viviendo como escritores, entregados, con toda el alma y las vísceras, a la creación literaria, afrontaron los garrotazos y los tremendos tormentos del hambre y la soledad, como héroes, ante el ambiente, que los combatió y no los entendió, — como se combate y no se entiende todo lo inaudito e ineredo, — y no para aquellos que huyeran hacia el periodismo, bien rentado y reconocido por las Cajas de Previsión, por ejemplo, con desmedro de la obra, por la obra y la sociedad y con aumento e incremento de la crónica. Es imbecil y criminal, entonces, "tramitar" sus finalidades, con sentido avieso de comadrería. Aquello sucede, cuando sucede, en parte gigante, por la condición profesional de los jurados, que se sienten inhibidos o comprometidos por el compadrazgo, o el deber fraternal, cuando ellos mismos, tampoco son escritores, específicamente escritores sino periodistas, tratadistas didácticos, arribistas o académicos.

El "SINDICATO PROFESIONAL DE ESCRITORES DE CHILE", vendrá a remediar, en parte, estos tales errores, emanados de la composición política de nuestro medio social, contribuyendo con elementos profesionales, valientes e independientes, a dar un jurado sin sospechas.

La sindicalización profesional acabará con las filarmónicas literarias y con los horrendos y empuetecidos cenáculos de la "Peosía", asquerosos contubernios encebados de imbeciles del "medio pelo" y gran martingala de la cursilería provincial de la Clase Media retórica, creando los cuadros de lucha y capacitación del futuro. Afincado en la realidad social de la nación chilena, como hecho social categórico y como divisa de pelea, la organización sindical del escritor logrará borrar el "esteticismo" y crear un sentido del destino literario, realista, acendrado y concreto. Las sociedades de escritores, mangoneadas por emboscados o por monopolios pro-fascistas, con presidentes nazi-lecheros y secretariados atorrantes, caerán bajo el volumen de su enorme carga de estiércol y quincallería, y caerán adentro los pequeños aventureros de la frondosa cornamenta, criada en los hoteles de lance. Hay que espantar la alpargata franciscana y la librea, de todos los jurados. Porque los jurados no son establecimientos de vinería, ni comercio de cuatros y de idiotas, no, los jurados juegan un rol heroico, un rol sagrado, un rol soberbio de banderas y consignas.

Organizados, según el Código del Trabajo, los escritores chilenos lucharemos, por nuestros derechos, en calidad de trabajadores intelectuales, no como mendigos o troveros de feria, sino como ciudadanos, y triunfaremos, en razón, en justicia, en verdad y en derecho.

Traicionarán la finalidad de "El premio nacional de literatura" los que lo otorguen: 1.o por caridad, a un escritor de ínfimo orden, sólo "por años de servicio"; 2.o a un pro-nacifascista, contrario a la conciencia democrática del país y enemigo de la cultura, basada en la libertad humana; 3.o a un compañero de trabajo, por compromiso, o, a cualquiera, por dinero; 4.o a un millonario o a un funcionario de la gran burocracia, o a un idiota, por resentimiento o sucia venganza contra terceros, usufructuando de la pitanza mal ganada, subrepticamente; 5.o a un escritor, que no es un escritor, sino un peluquero, un sastrero, un zapatero o un "mancebo de Farmacia"...

Nosotros los desenmascaremos, y "MULTITUD" los marcará en la frente, como a los traidores públicos.

En este instante trascendental del mundo, el hecho de producir arte implica la militancia democrática, y anti-nacifascista, sin contemplaciones, guerrera y heroica, y nosotros, no por prejuicio o falso concepto del honor, vamos a tolerar que los eternos beneficiarios enmascarados, le arrebaten al escritor escritor, disfranzándose de escritores, sus tristes conquistas, tan precarias como modestas.

Usinas Y Crisoles

Nosotros nos hemos propuesto dramatizar la realidad económica de Chile, recogiendo y expresando su tragedia político-social, en el lenguaje tenaz, acerbo y concreto de estos editoriales, no con el objeto de agitar un nombre de hombre, sino con el fin singular y determinado de suscitar en el Gobierno y la opinión pública un interés coordinado y regulatorio por el gran problema vital de la República.

Naturalmente, es probable que no se nos escuche y que se nos calumnie, con la dulzura acostumbrada, ya que en la nación chilena, tan amada, los gobernantes no se preocupan de los escritores, y los desprecian.

Sobreponiéndonos, pues, a aquella injustísima sub-estimación gubernativo-política, y siendo un mandato, nuestro carácter de Presidente del "Sindicato Profesional de Escritores de Chile", hemos planteado, serios y tercos de insistencia antifascista, regulada por la pasión nacional, la situación del país y su condición deprimida por la esclavitud económica, poniendo el acento en las industrias mineras, en el oro, el cobre, el fierro, la plata, el manganeso, el salitre, el molibdeno, el tungsteno, el azufre, el yodo, el petróleo, el carbón, etc., asegurando que necesita-

mos asentar el proceso de industrialización de la República, en el vértice industrial de la República: la Minería, a fin de invadir las faenas agropecuarias y las artesanías menores, industrializándolas al máximo.

¿En qué razones, nos fundábamos, para afirmar que Chile es, principalmente, un país minero, que Chile es, secundariamente, un país agrícola-pesquero-maderero viti-vinicola, después de ser y haber sido un país minero?

Que hablen, entonces, los números y la estadística, estableciendo los hechos concretos, en función de los que la industria minera ocupa y merece el primer rango entre nuestros órdenes de actividades:

PRODUCCION MINERA DE CHILE EN 1931-1941

ORO	PLATA	COBRE	HIERRO	ANOS
gramos	gramos	kilogramos	toneladas	
665,031	8.968,626	223.512,600	741,650	1931
1.175,059	3.116,471	103.173,319	171,564	1932
4.584,514	7.997,772	163.394,768	565,172	1933
7.392,085	32.694,099	256.700,089	973,170	1934
8.271,783	40.385,787	267.082,564	849,402	1935
7.738,529	46.598,093	256.208,815	1.353,705	1936

8.482,038	57.686,045	413.283,275	1.529,702	1937	1.538,061	437,655	196,373	12,759	1933
9.145,144	42.783,779	351.482,483	1.607,051	1938	1.807,527	812,368	518,093	20,683	1934
10.247,136	36.765,348	340.980,044	1.625,622	1939	1.899,936	1.217,865	326,675	20,110	1935
10.663,200	47.139,283	352.009,853	1.748,418	1940	1.874,804	1.261,581	1.131,835	25,934	1936
8.191,643	38.366,088	465.466,959	1.696,626	1941	1.988,371	1.413,825	1.173,037	22,556	1937
					2.043,738	1.398,043	570,490	21,295	1938
					1.850,348	1.440,471	442,076	32,247	1939
					1.937,438	1.428,379	1.294,380	35,519	1940
					2.047,947	1.408,491	1.485,508	---	1941

CARBON	SALITRE	YODO	AZUFRE	ANOS
gramos	gramos	kilogramos	toneladas	
1.100,383	1.125,900	---	5,099	1931
1.080,085	693,878	---	11,959	1932

(Pasa a la 2.a página)

Dos muertos lanzados a la Faz de la República

"Su pobreza es la consecuencia de su bohemia", dicen, pero es mentira: su bohemia es la consecuencia de su pobreza; y, por la millonésima vez, se consume en el creador de belleza, lo que Nietzsche llamaba "el sofisma de causalidad", es decir, ubicar el efecto como causa y la causa como efecto.

Frente a frente a la muerte de un poeta, de un novelista, de un filósofo, de un ensayista, de un pintor, de un músico, de un escultor, de un caricaturista, de un grabador, de un artista, a la muerte en la miseria sórdida, siempre, o en la pobreza, sórdida,

CANCION AZUL

Se abre un enorme mar, un mar azul y azulado, azul y negro, azul y ensangrentado...

Antonieta, (producto moreno y feo) te desnudas como si llevases en las entrañas el canto clamoroso y rasgado de las gaviotas que incendian el espacio.

Alta, hermosa, de rostro brillante y frugal, mamá, Antonieta, con su lengua de pájaro...

Un día de esos se arrastró encima; oscurecían las lágrimas, desmeledada como amarillo crisantemo de otoño...

Después de una de estas escenas violentas que no pocas comprenden a fondo, abucita se va por muchos años metida en el tiempo, abrazada al olvido...

Mamá, Antonieta, puso en sus pensamientos: iban y venían gentes que hablaban de horror; dos gotas de sangre quemante se apresuraron por caer de sus ojos claros.

Esquiva y sin presente ves la tertulia familiar, tu espíritu de niño vaga tímido y desorientado entre seres sombríos que agitan dentro de sí un mundo diferente al que realmente viven.

Desfilan ante él los soldaditos de plomo: uno, dos, uno, dos... y soplan los cornetes y se ensanchan las banderolas en lo más alto.

Claridad y geometría en los patios marciales, mecanismo de minuterios sin rubies, fusiles al hombro bayonetas sin sangre...

Entre los dedos van los días. El militar de la perita puntiaguda no busca su alero, mamá pregunta al calendario: "Las faldas de alguna Margarita, o acaso el cuadrado verde y oro, donde la capa y la pierna de la sota de bastos ponen sal y pimienta a los reyes de espada?"

Retornó y lo viste traspasar la puerta; la ausencia prendida en la solapa, febril y temeroso, febril y temeroso. Por su cuerpo transiaba la angustia y el dolor—mendigo voluntario en sus propios dominios. Agitada como hiena herida, murió en flor tu sollozo y no podías comprender...

Fránja luminosa de luna se quiebra sobre tu falda, recorriéndola. Aparece abuelita arrastrando su belleza como cosa pesada y conmovedora. "María Antonieta", le llaman los letrados evocando a la reina de Francia.

Radientes, esponjados catellos de plata, cara de aurora y negros ojos moros. Imponente sin ser majestuosa, inmensa Julzura de caña la invade (aunque tú sabes, Antonieta, cómo el dolor la hizo cólerica y rebelde).

Antes que tu sueño se vaciara a la taza de leche y el sol echara a andar por los caminos del mundo, los soldaditos de plomo cayeron de su caja de sorpresas. Lo arriaron hacia el cielo extendió sus paños blancos y la

abundante vegetación de su figura cayó a navajazos. El andamiaje de la leyenda quebrada, se reía a los pies de los reclutas.

De brin blanco y gorra azul, Delfín se liberó del agobio de "las perlas del Señor" que florecen en los anacoretas bibliocócos.

Husmeaba el cereal en los platos brillantes, le ofrecía el café su negra importancia. Ansioso bebía y comía, de soslayo, mientras que de su monólogo interior sólo se escuchaba: "asesinos, vendidos al diablo, tropa de malditos"...

Muchos días ha que el blando capullo de tu cama ha sido trasladado al cuarto conyugal de papá y mamá. Es un aposento grande con ventanales a la galería interior, rojo de amapola al fombroado donde se abanicaban pájaros azules de colas fantásticas. Dos lechos. El bronce brilla y empalidece tu cara, caobas y espejos, cortinas de nanú.

Emigra hacia ti una imagen de Jesús, un Jesús de ojos mortecinos que no pudieron ser jamás sus ojos, unos cabellos de niño cebado que no pudieron ser jamás sus cabellos, ni esos pies de madona que no cruzaron ardentemente arenales, ni la expresión de bobo-mancebo que no fluriria nunca su inteligencia de pulido y sin igual diamante.

Muy alto Rembradt en una sepiá oscura, pequeños asuntos en pequeños cuadros, flores, jarrones, figuras cansadoras. Una bujía perennemente a los pies de María.

Al principio tu cabeza gira como mojiño, toces y una flecha aguda te oprime el costado. Sonríe un señor de gafas y chaquet de diplomata, en voz baja diagnóstica y receta trágicas y abominables torturas a la espalda.

Los días con mañanas y los meses con tardes se suceden. Diez meses en un mismo sitio cuadrado con olor a incienso, desde Marzo a Diciembre, adquiriendo, Antonieta, experiencia conciencia de veinte siglos por lo menos. Experiencia recostada sobre el resbalón de las almas que olvidan a Jesús frente a los niños y en cuya piedra dura, fatal, pulen las nuevas almas sus instintos ancestrales.

La convalescencia trae sobre tu lecho y tu mundo muñecas de aserrín con cabezas luminosas, coches de cuerda, animalitos, libros con estampas: "Rin, rin, vacuajito", "La pobre viejecita", "Tía Pacifrote". Vas del entusiasmo a la fatiga y al cansancio, ellos sirven, sin embargo, como arma de disimulo, velando el interés que el niño siente por lo prohibido.

Como detrás de candelijas colocas los hechos más simples y de las conversaciones extrañas Antonieta, rápidas conclusiones que van a caer aridas en el llanto de los sueños.

Los periódicos reventan el primer suceso del día; mamá es un abanico de exclamaciones. Siempre conoce a alguien que se muere, que viaja, que tiene un hijo, que se casa o que se hace presente en una zona dramática, como en el caso del juez Chancón, el señor tranquilo de la tomas y los Códigos asesinando a su mujer, la señora Anita, amiga de mamá.

La crónica roja abre su hocico de pantera: "Anita estuvo teniendo en el balcón de su casa, lanzando el rollo de lana a la cara de J. B.; la noche de Pascua entre serpientinas y globos se le vio en los carruseles "a cabalito"..."

"Sí", dice mamá, "y la acompañaba Josefina" (la señora del Intendente) se tomaron dos roquetes con pajita, costumbres tan feas, sólo cosas de hombres". En verdad, tú no comprendes, Antonieta, asesinar una bonita mujer por naderías! ¿Acaso no cabalgas tú en los carruseles, no habrías echado el rollo de lana a la nariz de Juan Barnett por gringo y por zanahoria? Pero papá y mamá creen que hizo bien don Carlos, pues, en todo caso, defendió su honor.

Flamea la palabra honor: se tiene el honor de conocer a alguien, los hombres de espada tienen honor, a los héroes se les rinden honores, las mujeres olvidan el honor.

"El honor" dices para ti, Antonieta, es una escarapela muy viva, de lujo, tricolor, que los hombres lucen en la solapa y las mujeres en el vientre".

Parientes, amigos, seres decorativos, cada cual trae algo de ese mundo que desconoce. Halagos y risas para todos frente a ellos, detrás la abominable clasificación que la sociedad burguesa regala a sus amigos...

Tú siempre, Antonieta, en silencio, reteniendo entre los dientes, intencionadamente, la pregunta que no podrían contestar. Ahí estaba la señora Reinoso y su hija casada. Han llegado de París, traen capa, esencias, jo-

yas falsas, ropa interior aérea, cigarrillos de pelo de chocco, posales, de la Bella Otero y sus serenos frutales. Entre la charla pusieron la pierna arriba y los vuelos de seda, sonoros, perfumaron la escena.

Papá y mamá decían: "maravilloso, estupendo, cómo embellecen los viajes a las criaturas, si parecen hermanas gemelas, verdad!"

Alejadas las visitantes, la risa se desgrana: "qué tipas tan curiosas, qué rastacueras curiosas". Viene Isabelita, tu pequeña amiga y tú le dices: "Oye, Isabelita, ¿sabes tú lo que es una puta?"

"No", responde Isabelita. "Pues has de saber", afirmas importante, "que una puta es la señora Reinoso y su hija". Cuando se habla de alfileres o peinetas, se alude siempre a una pariente lejana, también cuando se habla de moños postizos. Nadie desearía parecerse a ella, aunque, en broma, sirva para esconder los defectos y las bajezas propias. "Hay que hacer una Carmen Chávez", dicen, esto es: ignorar que una hermana o hermano tiene hambre, distanciar de aquellos que piden con la mirada.

Hacer una Carmen Chávez no es difícil, cuando no es imposible. Dichosa pariente aquella, adornada con las telarañas del pasado. La imaginabas con su moñito postizo ignorando todo aquello que pusiera una corchea negra en la musicalidad de su vida. Jamás supo que su hijo Alejandro había muerto: nada le hacía comprenderlo, ni el luto de todos, ni las lágrimas, ni la fatalidad ahadada con su traje tan oscuro. "¿Por qué no habrá escrito Alejandro?", decía, y todos respetaban esa precavida ignorancia magnífica que sabía ahuyentar el dolor.

Méjoras. Un somrosado tenue ilumina tu rostro trigueño, Antonieta. Tu cama la sacan de día, al patio, contigo acostada para que el sol venga a jugar a las escondidas sobre tu mínimo organismo. Son un par de horas alucinadas. Allí divisas el mar que te llama incesante, con sus espumas violetas y sus barcos flotando en el horizonte, el mar que te llama con el elástico e imantado sopor de lo monótono eterno.

En su valija de cuero el corveo ha traído carta de abuelita, "desde Vaparaíso", dicen. Se han mudado de casa y cuenta que durante el cambio llovía, que los libros de abuelito, su único tesoro de erudito provinciano, se mojaron al romperse un cajón que los vació desordenados sobre la acera llovía. Todo hizo llorar a mamá, papá la consuela, hablan bajito, se acarician. Tú no puedes comprender por qué, Antonieta, pero en el ambiente hay algo extraño, algo sucede, algo que te hace esconder la cabeza bajo las ropas. Un sudor helado aparece sobre tu frente.

Entre dos sueños amaneces la lamparita aun encendida pero vacilante, ilumina sagradamente tu perfecta y tranquila inocencia.

"Mañana te levantarás a mediodía", dice mamá, "y volverás a tu cuarto". La inquietud te pone en el alma, muy temprano, el grito del alba, de nuevo irás, ave marina, a correr y a sonreír al cielo de un extremo a otro del viento.

Mamá duerme y respira lentamente, tú finges dormir con el hábito cauteloso que alienta tu entraña. Miras entre los ojos semicerrados. Ha entrado la mucama deslizando; es una mujer gorda, rozagante, morena, de dientes muy blancos, se ha parado junto al velador, su mano, levemente se posa sobre la mano de papá, papá le habla en voz baja y con señas. Los dos manos quedan unidas largo tiempo.

Estás desconcertada, Antonieta, un: logo fatigoso y largo te oprime el pecho. Miras hacia mamá dormida: los cabellos rubios, en desorden son una mancha de sol, enrojecida bajo la increíble y abyecta vergüenza. Cuando papá repasa los periódicos, levantado, junto a tu cama, interrogas: "¿Es necesario hacer una Carmen Chávez cuando se sabe algo que pudiera herir a otro?"

"No entiendo", dice papá, "¿qué quieres decir?"

"Pues que si yo dijiera a mamá que la Elcira te ha tomado de la mano ella lloraría". Papá se exalta exclamando: "Tú no dirás nunca nada, a nadie, pues eres inteligente, además, es posible que te hayas equivocado, no es que yo tema nada pero te prohibo que vuelvas a pensar en esto y mucho menos decirselo a nadie".

Ya entre tí, Antonieta, y papá se trazó el puente levadizo de un secreto. Madeja tenue de dolor el juicio táctico de un hijo, madeja tenue de dolor, ser pe-

queña e inspirar desconfianza cuando se sabe de discreción y de silencio. De nuevo te arrasa el tiempo con su plumero sonámbulo, tú olvidas, papá no; se yergue entre su casaca militar demostrando, ante tí, dignidad, quiere borrar el triste episodio grotesco cuya condenación cree adivinar en tus oscuros ojos fijados.

Papá te sienta en sus rodillas, te relata su nifnez, acaso para igualarte y partir de sí mismo como si partiera de tu alma. Alpiste para tu alma de pájaro, Antonieta, aquellas aventuras de niño provinciano. Curricó, terroso, católico, obtuso, lejano, lo abarca correteando por cerros y valles, discurriendo "diabulinas", sorprendiendo huevos pintados en nidos escondidos, bordando de pájaros el campo con honda cruel y certera. Sigue el anecdótico maternal, la seca y varonil mujer de ojos claros improvisando rimas jugosas y caseras.

Peregrina a los catorce años, borra el hogar y viste una blusa azul... las notas marciales hacen marchar el polvo en la provincia. Incontenible ambición del aventurero, emigrante del cielo a horcajadas de sus propios volantes.

¡La guerra del 79! Lucha, dolor, cansancio, de siertos, sed, calor, frío espejismos, bayonetas, fusiles, caballos, pólvora y humo... La camanchaca, Antonieta, aflora en el Norte, es el reboso de niebla y de dolor con que los seres se envuelven. También suena a trizado como un cristal roto, como goteras paulatinas en tiesto de latón.

Miras esos boreales cielos y esos mares, esos ojos, esos techos, esas manos flacas de mujeres y ese gesto austero y profundo de los hombres de piedra. Todo es azul-nublado, azul-trizado, azul-morado, azul-fundido de perlas y de conjunciones místicas y distraídas.

Adorno de meses crudos, Antonieta, la camanchaca se palpa de soslayo, ella se prende en los seres que nacieron con espíritu vidrioso como si estuviesen incidos en una bolita de cristal azul-verde-morado y resbalosa.

Hacia tí, Antonieta, el influjo extraño caminaba, anticipando un ancho y rumoroso futuro, viéndolo en el presente el canto fatal de lo azul y el sabor amargo de las aguas que no se corrompen. Porque tú, pequeña niña, dividiste en dos, sin saberlo, aquella tu pálida existencia: color y dolor. Siempre te cercaban unidos, siempre marcharon entre los celajes de la tarde, a la vera de una estrella esquinada y brillante.

Dorábase entre el dolor y el color, secándose entre una barca rota apretujada entre las arenas todavía mojadas de algas saladas y confusas. El mar, el cielo, las montañas, los astros, los pájaros, la camanchaca eran el color; los seres con sus tristezas, con sus gramas, con sus incomprensibles absurdos, eran el dolor; el dolor encerrado, sarmentoso, enigmático, el dolor, reincente y victorioso, índice que en el alma señala implacable el destino.

De tus pupilas negras fluían letargos, tus rodillas tritaban a la orilla de la tarde, enguantada galambina equilibrada en los alambres del telégrafo. Había algo, Antonieta, que te alzaba sobre el horizonte, algo que susurraba imperativa oración fugaz.

Nadie al presentirte, confundida en ese azul-morado, siempre inclinada como una pregunta sin respuesta, habría podido decirte alguna vez: "Antonieta, no sueñes". Pero tú oías esa voz que te nombra y respondías a esta voz indefinida y tornasolada de la naturaleza ya fuese verde-azul o blanquecina-gris perla.

Millares de mundos que giran en el espacio, distancias, velocidades, caminos siderales y luz poderosa de sol. Todo te hace, sin embargo pensar en la Nada. Ciertras la mirada abierta y en pensamiento te disuelves entre raíces que sólo el hacha puede descubrir.

Niña traviesa, dicen, sin comprender. Fuerza brutal para traer a la tierra, remeciendo de los cabellos para incultar educación. La imaginación toma cuerpo y se enreda con los hechos cotidianos con permanente y curiosa evolución. Desmenuzas a esos parientes, Antonieta, a esos que no sirven nunca para nada: egoístas, descoloridos en sus caras redondas, malvados, envidiosos, sirvientes de su egotismo fundamental. Ahí de su egotismo fundamental, está Julia, la hermana de mamá. Tan fea, voluntariosa en lo ridículo, estúpida, testaruda y tan perversa. Está casada con

el doctor, dicen, y el marco de la puerta se llena con una especie de Goliath bondadoso que sonríe.

Del Sur vienen, de la Capital, donde se escuchan los carrajes de la "Ilustración Artística", Santiago de Chile, con su cerro Santa Lucía, esa torta de bodas acaramelada con menta y chocolate; las Cámaras donde los parlanchines toman actitudes de pavo real o gallos de pelea; las Alamedas de las Delicias, larga, tan larga que no se recorre en un solo día. Así miras, Antonieta, ese Santiago distante y desconocido, lo abres como un abanico seductor y te abanicas el rostro de la sensibilidad curiosa e imaginativa.

Y por venir de allá... es que estos parientes te parecen importantes: ella con su ropa de la Casa Francesa, él con sus noticias de Gobierno. Ahora van a Calama. Pero él, el doctor, se va sólo mientras ella espera su equipaje: lo traen las dos Delfinas, sus criadas. Con ellas vienen también Li-hun-chag, el perro de abolengo, Muref el proletero, aunque de liso, negro, brillante y fino pelaje, don Nazario, el gato señorial, episcopal y tranquilo que en largas noches fuera un ovillo rumoroso y un sueño permanente deshecho en volutas de humo plácido.

Junto a ellos los pájaros: loros hablantes, canarios sincronizados, tencas polvorientas, zorales errantes, diucas tempraneras, mirlos crueles, negrismos. Todo este jardín zoológico ambulante arreado por el bullicio estridente y permanente de Benjamin, pin pin, el caturro insolente.

Aquí está Julia, la hermana de mamá, esperando. La miras, Antonieta, su ceño duro siempre se aborrea a la vista de su arca de Noé. Los animales, los pájaros la reconocen y ella y ellos hacen un solo y vasto concierto. De pronto se oye un grito: "¿Y don Nazario? Las dos Delfinas palidecen. Don Nazario, ¡ah!, se fugó, se espantó desapareciendo en las profundas y negras bodegas del barco. Julia, aguil y liviana en sus 30 años, trepa las escaleras y se planta frente a un impassible capitán de buque mercante. Ella lo insulta, también a los marineros y con ellos trajina y aborrea a la tripulación. Un negro la afronta con valor de héroe: "Señora, basta, basta ya de comedida, no busque a un gato imaginario, sus chinas se lo comieron con los niños de a bordo".

Años después, regresa, Antonieta, de nuevo la pajarera atronando el ambiente y dando color y tono a la fea y celosa domadora del elefante blanco del marido. Esta vez no vienen gatos ni perros. Muref había muerto y Li-hun-chag, inválido, no podía viajar. ¿Recuerdas, Antonieta, aquel documento infame, si no fuera ridículo, que dice tanto de alma desquiciada de la hermana de mamá? "Juro", decía el papel, "por Dios y por mi alma, que me quemé en los pueros infernos, si no cuido, alimento y sirvo al señor Li-hun-chang, mientras él viva, como si fuera uno de mis hijos, eso sí que con mayor respeto y cetero. Para este cumplimiento recibo, en presencia del señor cura, una vaquilla, dos corderos, 30 gallinas, dos sacos de harina, un fío de charqui y 100 pesos.—(Firmado).— Clementina Osorio".

Aquellas dos Delfinas, que se comieron el gran gato, hubieron le elevar anclas. La más joven podía plantar su tienda en cualquier parte, reía en ella la lozanía venturosa del que nada posee y todo lo espera; la otra, decía entre sollozos: "Yo atravesé la mar porque aun busco a mi marido, él me abandonó y yo lo espero siempre. Se llama Pedro Cáceres, con permiso suyo, señora, le llaman el aguador, en la nariz recibió un golpe que se la inclinó". Es ridícula, con un moño enroscado en la coronilla. Mamá, se condeule. Acude Muñoz, el cocinero, y Soto, el asistente. "Vengan", dice mamá, ¿han conocido alguna vez, en el cuartel, a Pedro Cáceres? Su mujer lo busca desde muy lejos". Soto, entre dientes pregunta medio embobado: ¿Sería uno que por mal nombre le mentan "el aguador", y Muñoz, opinándose el pequeño apéndice de nariz que posee, "¿acaso uno que tiene la naricita así?"

La infeliz mujer cae de rodillas, pretende besar los zapatos de los soldados, arrastrándose incoherente: "Pedro, Pedro, sí, es él, al fin lo encontré, ¡dónde está el cuartel, dónde está, el cuartel, el cuartel...". La calle era un callejón largo que ríe y

que llora. Delfina y su moño coligante, Delfina y los vuelos de sus polleras se azotan, se enlodan, se confunden como un guiñapo de neumático quemado. Es un ser humano desgajado, un espíritu que se aferra a una ilusión con garras poderosas de animal moribundo.

¿Cuándo no ríe, arroja su costumbre con desgano. "No es cierto que comozamos al compañero Cáceres". Todos tienen ademanes automáticos y confusos. El ambiente está gelatinoso y turbio, es como si alguien hubiese muerto.

Fue un imprevisto para el cual no estaba el alma preparada, por eso se quedaron todos navegando en la sombra.

Una revista impresa, Antonieta, te desumbra. Su color anaranjado te da la mano. Historietas mudas, chistes con pequeños comentarios. No entiendes la intención de las palabras, pero, descubres, con espanto, que sabes leer. Allí, precisamente allí, entre aquellas negras letras de imprenta está, en esas horas en que la dolorosa mariposa del sueño te amonada y te absorbe. Ocultas el picareco cuadernillo. Te lo arrebatan. "esta revista no es para tí, es indecente, pornográfica, para los grandes". ¿Es que los grandes son indecentes? La buscas de nuevo en afán misterioso, la devoras por prohibida, por indecente, por ser para los grandes. Cada escena, cada rincón se graba en tí. Y no olvidarás la muñeca, a esos viejos recién casados que se pelean en el tren. Ella abomina del humo y lanza por la ventanilla la pipa del marido con un: ¿cómo no hay más? ¡fuera la pipa! El tomo, a su vez, el falderillo de ella, en un gesto de venganza: "Yo con canes no me encierro, ¿cómo no hay más? ¡fuera el perro!"

Después la modelo desnuda que fuma su desgano, mientras el pintor ordena sus pinceles: "Si la modelo descansa sola es porque el pintor es viejo y está más cansado que ella...". Más allá la gorda y la flaca del balneario.

"¿Mariquita, ¿por qué está Ud. tan gorda?" "Los baños de mar, Tuquita, y usted, ¿por qué está tan flaca?" "Los baños de mar, Mariquita y otras cosas más..."

Harás de ir al colegio. Se disipan, se olvidan las lecturas clandestinas. Qué frío en las mesas, sillas, bancos, pizarrones y esos gringos que dirigen, tan absurdos: Mr. y Mrs. Herbert, Antonieta, comprendes que miran a los nativos como rotitos intrusos que pretenden emitir sonidos en la lengua de Shakespeare. La ambición del dinero los hace presurosos y flexibles. Mr. Herbert, es también cura protestante. Tu tiemblas frente a él. Su levita negra es recorrida desde el cuello por pequeños botones, onduia ridículamente contra su osamenta larga y desproporcionada. Si no le entienden los alumnos el abigarrado lenguaje, él no se inmuta, si habla inglés. Ella, hablando sólo inglés posee un lenguaje universal que la hace entenderse con hombres y mujeres, pero nías con los hombres. El baby es hijo de ambos: sucio llorón, aburrido torpe. En la mesa lava sus manos en los postres, vuelca la taza, grita, manotea (soberbe todo cuando father y mother han jugado, con estrépito, a lanzarse la vajilla por la cabaleta. Estas son escenas terribles, Antonieta, y tú recuerdas a papá cuando dice: "La inglesa es demasiado bonita para un pobre cura protestante..."

Un día el coche que viene a buscarte sufre un accidente, y ella te lleva a su dormitorio. La ves despojarse de las armas con que la mujer vence en el mundo. Cabellos de muñeca eran los de Mrs. Herbert, cabellos de poner y sacar, cabellos que podían quedar sobre una mesa y en vez de ellos cubrirse la cabeza con una marinosa blanca almidonada. Algunos dientes se agrandaron en un vaso de agua a través del cristal, metió sus pies en amplias babuchas abandonadas del corset y las medias se desmayaron, arrolladas sobre los tobillos. Sólo los ojos claros, inmensos, azules como el más azul de los días, estaban transparentes y nitidos, sin ningún engaño. Mr. Herbert era celoso, Antonieta, y arremetía contra la muñeca de trapo, automática y con ojos azules que era Mrs. Herbert.

Vienen los días de fuego, rondas de olas, cuerpos entre las aguas, paseos entre rocas, y vuelven los libros, el inglés, el piano, los cuadernos y la lámpara.

Visitas, he ahí una palabra que trastorna a mamá, visitas con esas señoras gordas que huelen bien, esos señores calvos con flores en el ojal, militares pañoses, la cual es está exami-

(Pasa a la pág. 4)

